



#### REVISTA SEMANAL.

Se publican 48 números al año.  
Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte, siendo precisa condicion hacer la suscripción por anualidades.

AÑO 3.º—NÚMERO 25.

DIRECTORA,  
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

8 de Julio de 1877.

#### PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 45.

#### SUMARIO.

**El vencedor de Lepanto**, por don F. Fernandez Villabril.—**Oda á la Cruz**, poesía, por don Francisco Jimenez Campaña.—**Calvario y redencion**, novela, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—**Á la Virgen**, poesía por don Antonio de Valbuena.—**Retroceder á tiempo**, por doña Adela Sanchez Castro.—**Variedades**.

#### EL VENCEDOR DE LEPANTO.

I.

Ya era despues de anohecido cuando llegaron al castillo ó casa fuerte de Villagarcía, no lejos de Valladolid, varios caballeros que por el polvo que cubria sus vestidos y por el cansancio que manifestaban sus cabalgaduras, se conocia habian hecho una muy larga jornada. Los ginetes se entraron al trote y sin ceremonia en la casa, lo que de ningun modo admiró á los dependientes de ella, cuando reconocieron en el primero de dichos caballeros á don Luis Quijada, su amo y propietario de la casa y tierras del contorno. Prorumpieron, al contrario, en exclamaciones de júbilo al ver á su buen señor, de cuya presencia hacia mucho tiempo que estaban privados, no

siendo la que con menos demostraciones acudió, la esposa de don Luis, que sabiendo que su marido, al servicio del emperador Carlos V, no se apartaba un momento de tan angusta persona en todas sus campañas y expediciones, no sabia cómo explicarse aquella venida.

El asombro de la buena señora llegó á su colmo cuando su marido, despues del primer saludo afectuoso, la puso en los brazos un robusto y agraciado niño, diciéndola:

—Señora, la Providencia, que hasta ahora nos ha negado el consuelo de tener sucesion, nos depara este niño en quien podamos ejercer nuestros cuidados paternales.

Lanzó su esposa á don Luis una mirada investigadora, que él sostuvo con serenidad imperturbable, y sin duda la sospecha maligna que se habia ocurrido á su espíritu, se desvaneció en un momento, pues contemplando de nuevo al niño que hacía ella alargaba sus manecitas, exclamó:

—¡Cielos! por las facciones del niño creeria reconocer á....

—¡Silencio, señora! interrumpió don Luis, poniendo graciosamente á su esposa un dedo delante de la boca; el padre de este niño, si es que



le conoceis, nos confia el cuidado de su porvenir y el de apartar los peligros que pueden rodear su existencia. ¡Juzgad si deberemos estarle agradecidos!

—Le cuidaré y amaré como si fuese mi hijo, contestó la buena señora, retirándose sin abandonar su preciosa carga.

Desde entonces los dos esposos se dedicaron con el mayor afán á la crianza y educacion del niño, que á medida que iba creciendo en edad, daba mayores muestras de su vigor y de su inteligencia. La esmerada enseñanza que el muchacho recibia, como base de toda su carrera, podia acomodarse así á la próspera como á la adversa fortuna: mas cuando el orden de sus estudios exigia ya una determinacion especial, don Luis, que obraba sin duda en virtud de secretas instrucciones, trató de inclinarle á que abrazase el estado eclesiástico. El jóven manifestó desde luego una decidida repugnancia á esta carrera y una inclinacion marcada á la militar, ejercitándose por tanto en el manejo de las armas, segun convenia á un noble caballero de la época.

Varias veces habia hecho algunas preguntas á don Luis acerca de su incierto origen y de los motivos que habia para contrariar sus inclinaciones; pero siempre le contestaba con evasivas, hasta que habiendo un dia recibido unos pliegos de la corte, advirtió á don Juan que se preparase á presentarse en ella y que allí se aclararian todas sus dudas.

Al verse el jóven, criado en el retiro de Villagarcía, ante el grave Felipe II, y al saber que iba allí á decidirse su suerte, experimentó una turbacion extraña y se postró ante el monarca para besarle la mano; pero don Felipe se apresuró á levantarle, y despues de haber contemplado un momento sus facciones con evidentes muestras de satisfaccion, le estrechó cariñosamente entre los brazos. Antes que el jóven volviese de su asombro, le presentó el rey á todos los cortesanos, diciéndoles:

—Saludad, señores, al hijo del emperador Carlos V.: á mi hermano el señor don Juan de Austria.

Era efectivamente don Juan de Austria fruto de los secretos amores del emperador con la ilustre dama alemana Bárbara de Blomberg: habia nacido en Ratisbona en 1547, y habia sido educado con tanta lealtad como sigilo por don Luis Quijada; pero el rey don Felipe no ignoraba este secreto, puesto que su augusto padre se lo habia revelado antes de morir, indicándole que convendria destinar el niño al estado eclesiástico; pero el jóven, que siempre habia tenido á él la

mayor repugnancia, la cambió en aversion desde que, sabedor de su ilustre origen, conoció le importaba acreditarse digno de él. Se dedicó á completar sus estudios en compañía del príncipe don Carlos y de Alejandro Farnesio, esperando el momento en que, lejos de palacio, pudiese respirar á su gusto en campo abierto, entre el ruido de las armas y el tumulto de una batalla.

Los deseos de su juventud se realizaban al fin. Felipe II, despues de haberle dado algunas comisiones importantes, le nombró general del ejército que marchaba contra los moriscos de la Alpujarra, que acaudillados por Aben Humeya habian derrotado á los principales jefes españoles. Don Juan reconquistó en pocos dias todas las plazas ocupadas por los moriscos, consiguió la muerte y exterminio de sus principales caudillos, y abatió para siempre el orgullo musulman en la península.

Mas de ocho siglos de continuos combates habia costado el vengar al infeliz don Rodrigo, y abatir para siempre en sus últimos descendientes á los vencedores del Guadalete.

## II.

Abierto el sendero de la gloria ante el jóven príncipe, marchó por él á paso de gigante, hasta encontrar la ocasion favorable en que luciese todo el esfuerzo de su ánimo. Toda la cristiandad se hallaba aterrada con las victorias de los turcos, que amenazaban ya invadir el centro de Europa. Soliman II, apoderándose en 1521 de la plaza de Belgrado, habia abierto la serie de triunfos que el islamismo obtuvo en Mohacs, en Buda, en Pest, en Gran, en Tauris y hasta en Viena de Austria. Rodas, la isla de los caballeros de San Juan, habia caido tambien en poder de Soliman en 1522, y Selim II, hijo y sucesor de Soliman, apoderándose de Chipre en 1571 puso el colmo al espanto de la cristiandad. Jamás se habia visto en los mares una armada tan poderosa como la que reunió Selim; y éste, ufano con su poderío, y creyendo no hubiese nacion en la tierra capaz de resistirle, daba ya por seguras las conquistas que cabian en los límites de su ambicion.

Los estados cristianos de Europa formaron una nueva cruzada contra el poder otomano, con ánimo de reunir todas sus fuerzas para aventurar á la dudosa suerte de una batalla todo el porvenir de la cristiandad. Para una empresa tan arriesgada y para un lance de tanto empeño, se necesitaba un caudillo, cuyo valor y cuya prudencia fuesen capaces de superar todos los obstáculos, y que perteneciese tambien á una ge-



arquía superior á la de los excelsos príncipes que habian de combatir á sus órdenes. El vencedor de las Alpujarras que apenas contaba veinte y cinco años, fué unánimemente elegido generalísimo de las fuerzas navales de España, Roma, Venecia y Malta. Los turcos, que ni aun de estas naciones reunidas temian el ataque, supieron con no pequeña sorpresa que la armada cristiana habia llegado á la altura de la isla de Cefalonia, y entonces salieron prontamente al encuentro, confiados en envolver y destrozar con sus naves, tan superiores en número, las que los cristianos osaban presentarles. Constaba la armada del turco de doscientas veinte y cinco galeras y sesenta galeotas, llevando á bordo veinte y cinco mil hombres con la artillería y pertrechos correspondientes, al paso que entre todos los estados confederados no habian podido reunir mas que doscientas tres galeras y seis galeazas, con unos veinte y dos mil hombres de tripulación; pero entre estos hombres iban los caudillos mas ilustres de la cristiandad: Marco Antonio Colona, general de las galeras del papa, Doria, Venerio, Barbarigo, el duque de Urbino, Alejandro Farnesio, Santa Cruz y Requesens á las órdenes de don Juan de Austria, generalísimo de la expedición. Á las órdenes de Alí-Bajá, general de la armada turca, venian Uchali, Hassan, Mahomet y todos los jefes subalternos acreditados en la piratería de los mares.

(Concluirá).

F. Fernandez Villabrilie.

## ODA.

## A LA CRUZ.

Movieron con desden la altiva frente  
Los hijos de Israel, la impía mano  
Tinta en sangre preciosa del divino  
Profeta, alzaron contra el Dios potente,  
Que hunde los montes y levanta el llano;  
Y de furor insano  
Voces salieron de su torpe boca,  
Que roncadas resonaron  
En las cóncavas peñas;  
Y á cuyo duro acento  
Revolvióse agitado el mar violento  
Y las ásperas rocas retemblaron.

—¿Dónde está el rayo que el Eterno enciende,  
Dijo Israel impío,  
Y al mundo lanza con tremenda ira?  
Si el que pendiente de la Cruz espira.  
Es el Señor de inmenso poderío.  
¿Cómo raudo no hiende  
El fuego del Siná la azul esfera,

Y en cenizas convierte  
Al que dá cruda muerte  
Al Hijo santo y su justicia espera?  
Oh! no es del mundo dueño  
Ni manda en la region de los querubes  
Quien de punzante espina coronado  
Muere con sed en el infame leño.—  
Vomitando furor en su demencia  
Esto dijo Israel, y abrió las manos  
Con ira, y vió la Cruz vertiendo fuego  
De diva luz, y arrepentido luego  
Con ellas dió señal de penitencia.

Y el Orco oyó el clamor del pueblo fiero,  
Y sus bárbaras hordas  
Revueltas de placer se levantaron,  
Como el mar altanero,  
Que el Noto encrespa con potente saña;  
Y en sus antros oscuros  
Las voces resonaron  
Que el Gólgota escuchó, por los impuros  
Ángeles repetidas,  
Y las terribles alas extendidas  
El Averno agitó; se abrió la tierra  
Y cual astro eclipsado  
Que impele con furor por el vacío,  
Siniestra sombra cuya vista aterra  
Apareció Luzbel con sus legiones  
En el terrible instante  
En que Jesus espira:  
Con rabia loca Satanás lo mira  
Y el peso de la Cruz siente anhelante  
Caer con indomable poderío  
Sobre su erguida frente;  
Falta tierra á sus piés y se despeña  
Arrastrando á su bárbara milicia  
Á la region de horror, do el maldiciente  
Labio, con ira canta  
El triunfo de la Cruz, que en su justicia  
Huella al infierno con segura planta.

Salve divina Cruz, altar bendito,  
Do la víctima pura  
Al mundo esclavo de Satan redime;  
Brillante globo que en la noche oscura  
De los tiempos al mísero proscrito  
Del Eden marca el puerto  
Seguro entre los vientos del desierto.  
Árbol gigante por Jesus regado  
Con la sangre preciosa de sus venas,  
Cuyas ramas extiende  
De el Jordan regalado  
Hasta do el mar violento  
Besando las arenas  
Hace el medroso cuento  
Del loco genovés, que en su manía



Robó á Luzbel un mundo,  
Esclavo de su fiera tiranía.  
Árbol de dulces hojas  
Por el soplo de Dios estremecido,  
Cuyo manso ruido  
Trae ensueños del cielo  
Al justo que en su sombra se adormece,  
Y da al ingenio vigoroso vuelo  
Y con himnos de gloria lo enardece.

Bandera desplegada  
Que ahuyenta de Satan la vil mesnada,  
Como el águila altiva  
En la region del aire poderosa  
De cuervos á la banda temerosa.  
Llegad, almas, llegad, porque la ondea  
El viento de Neron y Diocesiano;  
Llegad, qué negra mano  
Blande la horrenda tea  
De fiera destruccion, y ya las puertas  
Del circo de Trajano están abiertas.  
Llegad, bajo su sombra apetecida  
El sangriento leon, manso cordero  
Lamerá nuestros piés, y ronco y fiero  
De los verdugos concluirá la vida;  
Y el ángel del Señor la ardiente espada  
Blandirá despiadada  
Acabando á los viles opresores;  
Y elevada la Cruz entre fulgores  
De gloria mostrará con luz divina,  
Del impío el estrago y la ruina.

Francisco Jimenez Campaña.

## CALVARIO Y REDENCION.

CARTAS DE DOS HERMANOS.

Maria á Fabian.

No sé cómo empezar á escribirte, hermano mio, porque son muchas las ideas que se agolpan á mi mente, y muchos los tumultuosos sentimientos que agitan mi corazon.

Ya sabes que Horacio puso en mis manos una carta, que me revelaba un secreto fatal; el de que Amelia cede á la influencia del afan que la domina, y va á conceder una cita á ese hombre con quien ningun afecto digno puede ligarla.

Aquella carta, prueba irrecusable de su culpa, quemaba mi mano y no sabia qué hacer para impedir la realizacion de aquella primera entrevista que iba á destruir acaso mis esperanzas de tornar la paz al corazon del triste Horacio, y de hacer que Amelia le ame como debe amarle, y le consagre su vida entera.

Este es su deber, esta su mision y debe cum-

plirla, si él ha de vivir feliz en medio de la noche que le rodea.

Pasado el primer momento de la sorpresa que me produjo aquel hecho, me retiré á mi cuarto, y comprendí toda la enormidad de la situacion en que nos hallamos.

Los celos del pobre ciego estaban calmados por un momento; pero ¿y despues? y cuando llegase la noche y la supuesta visita de la marquesa no se efectuase? ¿no podia, por cualquier sencillo incidente, descubrirse el engaño de que yo le habia hecho juguete?

¿Y si Arturo venia? ¿y si Amelia bajaba al jardin? ¿y si ¡ay de mí! el conde volvía á sus dudas?

Te confieso que no sabia qué hacer ni qué partido adoptar.

La campanilla de la anciana condesa vino á sacarme de mi abstraccion.

Su sonido me advertia que reclamaba mis servicios, y me levanté sin vacilar, dirigiéndome á la alcoba de la madre de Amelia.

La anciana estaba aun en su magnífico lecho, pero se habia incorporado sobre un brazo y me esperaba sin duda, porque sus ojos estaban fijos en la puerta por donde aparecí.

—¡Ah! ¿es V., Maria? dijo al verme; gracias á Dios!

—He cido la campanilla y he acudido presurosa, la respondí.

—Abra V. esos balcones! exclamó con un acento en que habia algo de angustia.

Obedecí, y antes de terminar,

—No se vaya V., añadió, la necesito todavia.

Volví á su lado, y mirándola con el respeto y el afecto que la ancianidad me inspiran,

—Está V. enferma? la pregunté; se siente V. mal hoy?

—Enferma, no, me respondió; y sin embargo, no sé qué tengo: he dormido... he soñado... no recuerdo qué, pero sé que he sufrido... que he sentido miedo y que me aterraba el estar sola! la vejez es una cosa bien triste, Maria, porque en ella nos acercamos mucho al sepulcro y sentimos frio y espanto ante su desgarradora nada.

—Tras el sepulcro no está la nada solo, señora, la respondí dulcemente; tras el sepulcro está la puerta de otra vida mas grande, mas hermosa, mas imperecedera que la nuestra: está el término de una peregrinacion, de un destierro si la vida ha sido amarga y procelosa! está el premio si hemos cumplido nuestro deber; está la palma si hemos sufrido y aceptado el martirio!

La anciana me miró casi con asombro; sin duda en el sonido de mi voz habia algo del dolor de mi alma.



—Segun eso, murmuró despues de algunos instantes de silencio: segun eso, ¿V. no vé la muerte con espanto?

—¡Ay, señora! yo la miro como una santa esperanza; contesté dolorosamente.

—¿Es V. tan desgraciada en nuestra casa? me preguntó al oirme; ¿es V. tan desgraciada que en vez de amar la existencia, la mire como una pesada cadena?

—No, señora; aquí soy todo lo feliz que yo puedo ser; pero Dios no nos ha mandado al mundo á gozar; mas bien el derramar lágrimas es nuestro destino sobre la tierra. La dicha cierta, la ventura completa no se halla aquí, está en otro punto mas elevado: está en el cielo, señora.

La anciana inclinó la cabeza, y permaneció callada por algun tiempo.

Despues, y como si hubiese olvidado que yo podia oirla,

—Siempre lo mismo, murmuró; siempre esas palabras en sus labios! Oh! son tan consoladoras! iluminan de un modo tan dulce y suave la noche sombría del sepulcro!

Las meditaciones de la condesa fueron interrumpidas por la voz de Felisa, que pronunciaba mi nombre desde fuera.

—¿Llaman á V.? preguntó la anciana.

—Creo que sí; la dije yo.

—Vaya V. y mire quién es, exclamó lentamente, fijando sus ojos en la entrada.

En ella me aguardaba Felisa, que al verme adelantó algunos pasos, diciendo al par:

—La señorita quiere hablar con V. un instante.

—¡Connmigo! murmuré.

—Sí: acaba de llegar, ha cambiado de traje, y me ha dicho....

—¿Qué me querrá? pensé, sin saber á qué atribuir aquel deseo.

—Vaya V., María, dijo la anciana: vaya V. supuesto que mi hija la llama; pero vuelva V. pronto, necesito tenerla á mi lado.

Obedecí, y ya llegaba á la puerta de la estancia, cuando volvió á llamarme de nuevo y murmuró:

—Deme V. su rosario por un momento.

Lo hice así y fuí á reunirme á la doncella que esperaba.

—La señora va á rezar! dijo ésta al escuchar las últimas palabras de la condesa. La señora va á rezar! sin duda V. es una santa y empieza aquí á hacer milagros.

Nada contesté á esta grosera burla, y en breve llegué á la estancia de Amelia.

Allí me dejó Felisa, que sin duda tenia otras órdenes que cumplir.

Amelia estaba de pié en el centro de la habitación.

Su hermosa frente estaba ceñuda y sus grandes ojos fijos en la puerta expiaban sin duda mi llegada.

Yo adelanté algunos pasos aturdida y casi temblando, te lo confieso, hermano mio.

Era la segunda vez que aquella mujer me necesitaba, y ahora, á la verdad, no podia adivinar el motivo.

—Creo que la señora ha tenido la bondad de llamarme, la pregunté tímidamente.

Plegó los labios de un modo altivo y desdenoso y contestó:

—Tenia que pedir á V. la explicacion de un hecho harto extraño á la verdad.

—¡Á mí! exclamé cada vez mas admirada.

—Sí, porque V. sola quizá podrá dármele.

Entonces sacó del bolsillo un papel, y mostrándolo abierto ante mis ojos,

—Si no me engaño, creo que esta letra es de V.! la he visto alguna vez en las cartas que escribe por orden de mi madre.

Quedé inmóvil, aterrada, muda: aquel papel era el que yo habia escrito un momento antes, para evitar que Horacio pudiese comprender que no le habia dicho la verdad.

Amelia me miraba atentamente, esperando el efecto que sus palabras hacian en mí.

La alteracion de mis facciones le rebeló sin duda una parte de mi recreto, porque añadió sin esperar mi respuesta:

—Sí, esta letra es de V.! ahora solo necesito saber cómo y con qué objeto ha escrito V. estas frases, y por qué están en mi poder.

La voz se anudó en mi garganta y no supe qué responder.

—Es muy extraño, repitió ella; es muy extraño, señorita, y no comprendo su idea de V.

—Yo.... murmuré sin saber lo que decia; yo no sé....

—Acabemos, exclamó; V., sin duda se ha introducido en mi estancia para adivinar mis secretos, para expiarme!

—¡Señora!

—Para poner precio luego á mis secretos, ó para....

No la dejé acabar.

Aquella suposicion injuriosa me hirió en lo mas vivo del alma, y sublevó un momento mi orgullo.

—Basta, señora; me ofende V. sin motivo.

—María, niega V....!

—Todo lo que puede serme injurioso.

—Esta letra....?

—Es mia, lo confieso, no sé mentir.



—Y por qué ha escrito V. esto? cómo ha llegado á mi poder?

—Cómo? no lo sé: por qué? para evitar un grave mal, para desvanecer una duda.... digo mal, para destruir una certeza!

Á su vez Amelia guardó silencio, y en medio de su altivez se sintió acaso humillada.

Una vez dado el primer paso, quise continuar y proseguí:

—Hay un corazon, señora, muy desgarrado, muy herido por la desgracia! en ese corazon empiezan á tener cabida los celos, la cruel incertidumbre de un infortunio mucho mayor! Oh! tenga V. lástima de él y no aumente los dolores que le desgarran.

—Cómo! V. piensa....? preguntó Amelia pali-  
deciendo densamente; V. supone....?

—Yo nada sé! solo puedo devolver á V. esta carta, que no sé cómo habia caído en poder del que por sí mismo no podia saber su contenido, y buscaba en su afán luz en otros ojos, voz en otro labio que le revelase la verdad! Dé V. gracias al cielo que esa mirada ha sido la mia, y bendiga V. á Dios porque mi acento ha sabido mentir y ocultar la verdad amarga!

—Dios mio! qué quiere V. decir? murmuró aquella mujer; Horacio...?

—Tenia en su poder ese escrito: otro hubiera podido decirle lo que yo callaba, y por eso le sustituí con ese trazado por mi mano.

Callamos las dos por un momento.

En el semblante de Amelia se revelaban unidas la cólera, el temor, el despecho!

Quise poner término á aquella entrevista, y dije despues de aquel instante de silencio, procurando justificar plenamente mi conducta, y ocultar tras un velo impenetrable el móvil de mis acciones.

—Cómo el pan de esta casa, señora, y debo ser fiel y leal para sus dueños; amo á Elvira, personificación de la inocencia! venero á su madre de V., representación de la ancianidad, y no queria que ni la una ni la otra viesan una sombra que pudiese turbar la paz de esta morada.

—Oh! però explique V....

—Nada puedo decirle mas! he cumplido por mi parte destruyendo el primer obstáculo que se oponia ante su paso; ahora, señora, á V. le toca continuar en una senda en que no pueda vacilar su pié.

Hice una reverencia y salí de la habitacion sin que Amelia pensase en detenerme: tanto era el asombro que mis palabras habian producido en ella.

Cuando he vuelto á mi estancia, la anciana reza aun, y yo aprovecho estos instantes para

escribirte, hermano mio, y para decirte en qué mar sin fondo de temores y dudas se anega el alma de tu pobre—MARÍA. *Continuará.*

Enriqueta Lozano de Vilchez.

## Á LA VÍRGEN.

SONETO.

Divina Madre del Amor Hermoso,

Milagro de cariño y de ternura

Que á la infeliz rebelde criatura

Abrigas con tu manto esplendoroso.

De tu amor el dulcísimo reposo

Viene á buscar el alma en su amargura

Si la acoges benigna ¡oh Virgen pura!

Nada me falta para ser dichoso.

Tu amor solo es mi anhelo sin medida,

Sin él no quiero ni laurel, ni palma,

Ni luz, ni sombra, ni salud, ni vida....

Sin él ni aun puedo conseguir la calma,

¡Ay! que en pos de tu amor, Madre querida,

Se me va el corazon, se me va el alma.

Antonio de Valbuena.

## RETROCEDER Á TIEMPO.

(Continuacion).

Mi familia, deseosa de crear un lazo que me sujetara, de buscarme una compañera que mis desórdenes evitara, concertó mi enlace con una rica heredera de mi país; yo me opuse abiertamente: no queria por nada del mundo perder mi amada libertad; mas el empeño de mis padres era formal, sus cartas llenas de cariñosas reconven-  
ciones, de sabias reflexiones, me conmovieron al fin, y el loco calavera inclinó su cabeza ante la magestad de la ancianidad. Acudí á mi país, fui el esposo de la jóven que me proponian, que era muy bella, pero á los dos meses ya estaba cansado de una mujer que no habia buscado, que tampoco habia deseado; el trato provinciano me aburría, aquel aire me ahogaba, el cielo me parecia de un azul triste y sombrío, y un dia salí á dar un paseo, y subiendo en el tren, huí de mi mujer, de mis padres, de aquella poblacion que no me habia proporcionado ni un momento de placer.

Regresé á Madrid, á mi delicia, y me entregué de nuevo con el afán que dá la privación á mi antigua vida; al ver á mis amigos encontraba en ellos mil encantos que en mi casa no veía; pero cuando con mas gusto media las delicias de mi libre vida comparándola con la insulsa que mi esposa me ofrecía, llegó has-



ta mi una noticia terrible: mi mujer estaba aquí, y en mi misma fonda; lié mi maleta acto continuo, tomé un coche y me fui á la estacion; en el primer tren que salió partia yo de Madrid para Andalucía; tenia yo intencion de dirigirme a Cádiz y embarcarme allí para el extranjero.

En el tránsito de Córdoba á Sevilla, un suceso inesperado vino á interrumpir mi viaje; el tren descarriló (cosa muy comun ahora) muy cerca del pequeño pueblo de Lora del Rio; todos los viajeros tuvimos que dirigirnos á pié á este pueblo, que dista nueve leguas de Sevilla, estaba bastante avanzada la tarde y teníamos que esperar allí hasta el dia siguiente que pasara otro tren. Tuve que resignarme como todos, y despues de tomar alimento en la posada, vagué sin objeto fijo por aquel lindo pueblo, que ocupa un llano delicioso y posee un cielo tan bello como el de todo ese país privilegiado, jardin hermoso de nuestra España, como toda Andalucía; á pesar de las bellezas del pueblo me aburría en él y me dirigí al campo, me fui alejando insensiblemente, dominado por lo sublime de aquel paisaje encantador siempre; pero mas que nunca en la poética hora en que el sol se despide de nosotros y parece decirnos adios con su pálida luz al traspasar el espacio que sirve de límite á nuestra vista; yo, que nunca me habia fijado en los bellos espectáculos de la naturaleza, me detuve sorprendido, curioso de contemplar tan magnífica vista, y abarqué con afan aquel sublime cuadro: el sol desaparecia por occidente y bañaba con su moribundo resplandor las limpias aguas del caudaloso Guadalquivir que á mis piés se agitaba; su movable superficie producía, herida por el sol, mil destellos diferentes, cual un mar de brillantes al ser iluminado por vivísima luz; á mi frente se veían varios pueblos pequeños y blancos como mansiones de hadas, pueblos hermanos, que parecían darse la mano con cariño; á lo lejos grandes montañas y á mi alrededor los verdes cuadros de una tierra fértil y bien cultivada; tan bella perspectiva bañada por aquella luz amarillenta, tenia mucho de poético y algo de triste, de sombrío que recuerda el ocaso de nuestra vida; aquel cielo tan limpio, empañado en aquel instante por las nubecillas que lo cubren siempre al desaparecer el astro del dia, me recordó las manchas que empañaban mi conciencia; las nubes rojas que rodeaban al sol, me parecieron terrible augurio de un sangriento fin, y yo, que nunca he sido poeta, me sentí subyugado, conmovido; aquel silencio lúgubre, aterrador, tan propio para la meditacion agitó mi corazon con un inmenso latido, y al verme solo con la naturaleza, solo con Dios y mi conciencia,

tuve miedo; pensé en mi vida borrascosa en mi criminal huida, y mis rodillas se doblaron, el orgullo no me detuvo porque nadie me veía, y el pobre pigmeo, el impio calavera cayó de rodillas ante la augusta majestad del Creador del mundo; en aquella soledad en que palpita el espíritu divino de Dios, mi frente se humilló, y mi alma se elevó hasta el cielo....

Mas noto que me he detenido demasiado en estos detalles, dispense V., amiga mia, aquella tarde de meditacion dejó tan profunda impresion en mi alma, tuvo tales consecuencias para mí, que me es imposible relatarla a la ligera, en lo sucesivo procuraré ser breve.

Yo estaba conmovida, le rogué que continuara y prosiguió así:

—Con la cabeza entre las manos medité largo rato; pensé al sentir el torbellino de ideas que en mi mente germinaban, que Dios nos ha dado el beneficio de la inteligencia para que la empleemos en el bien, y al ver el uso que de ella habia hecho, me avergonzé. El ruido de una piedra al caer al agua, me sacó de mi abstraccion; me levanté con rapidez temiendo, ¡miseró orgullo humano! que alguien me hubiera visto en aquel instante de abatimiento; paseé la vista en torno mio: á bastante distancia de donde yo estaba, y á la orilla misma del rio que mis piés humedecía, del arrogante Guadalquivir, habia una pareja encantadora, dos jóvenes bellos y elegantes; ella era dulce como la sonrisa de un ángel, hermosa como la dicha; su torneado brazo se enlazaba con el de su compañero, y sus ojos se fijaban en el rostro de él con amorosa ternura. El joven parecia distraído, con la cabeza caida sobre el pecho y la mirada fija en las ondas del rio, se entretenia en arrojar piedrecitas y ver como se sepultaban en el agua, despues de levantar blanquecina espuma.

De aquella pareja se desprendía un dulcísimo perfume de plácida felicidad, y me fui acercando insensiblemente á ellos; ella, que me habia parecido hermosa de lejos me pareció de cerca divina, con su distinguida sencillez: un poco mas lejos se veía una pequeña y encantadora casa de campo: indudablemente, pensé, ese es el nido de estos dos tórtolos: olvidé al momento mis ideas de arrepentimiento, y miré con curiosidad al dichoso ídolo de aquella bella sirena; al fijar en él mis ojos, tuve que morder el pañuelo para ahogar un grito de sorpresa. Aquel hombre que con tan tranquilo aspecto contemplaba con pueril alegría el movimiento del rio, habia sido durante mucho tiempo el alma de nuestras orgias, el primer tahur de nuestro círculo, el mas terrible galán; habia desaparecido



de repente sin dejar rastro tras sí. Comprendí desde luego que aquella no era una mujer vulgar, que no era su amante, sino su feliz esposa, y sin saber lo que hacia, me oculté detrás de ellos, ansioso de oír algo que me explicara el cambio de aquel hombre. La joven se cansó sin duda de la inmovilidad de su amado, y murmuró oprimiendo con sus delicadas manos el brazo de él y con un acento dulce como el susurro de la brisa, armonioso como un canto divino.

(Continuará.)

Adela Sanchez de Cantos.

## VARIETADES.

### EL ÁNGEL DE MI GUARDA.

#### UN SUEÑO.

Era una noche muy oscura: oscura como el remordimiento.

El vendabal desencadenado, horrible, bramaba de una manera lúgubre, espantosa. Y el trueno con su potente voz, y el relámpago con su fantástica luz, me hacían recordar la mansión de los condenados.

Yo estaba solo en la falda de una colina; solo como las palmas de Stambul, como el lirio del valle, como la perdida nubecilla que empaña el diáfano azul del cielo.

Sumido en la miseria por mi culpa había huido lejos de las miradas de los hombres, y mi orgullo se resistía solo al pensar en el trabajo... solo al pensar en la limosna.

Y pasaba horas y días en mi mísero retiro, y una agonía lenta apagaba los latidos de mi corazón; y sin embargo, la necia vanidad de mi alma no se apagaba.

Y la agonía no me abandonaba porque la muerte se cernía impasible sobre mi cabeza.

Y entonces la idea de la vida brotó en mi cerebro, casi helado, como una pobre flor en medio del desierto. Y el arrepentimiento iluminó mi alma llena de tinieblas. Y dos lágrimas nítidas como el rocío de la aurora, y puras como los albores de mi niñez, surcaron mis cárdenas mejillas.

—Tengo hambre, Dios mío.... ¡Pan! murmuré dirigiendo al cielo mis ojos pidiendo misericordia.

Entonces, como si el eco de mi voz hubiera sido transportado á los cielos por mi ángel bueno, cesaron los relámpagos, enmudecieron los truenos. Se replegaron los vientos sobre las cimas de las montañas, y apareció á mis ojos un cielo tranquilo como la fé que empezaba á vivificar mi alma, sembrado de brillantez y argentado por la casta luna que en sus hilos de plata parecía enviarme dulcísima ambrosia.

De pronto una mágica armonía saturó el espacio con estremecidas notas, cual si una legión de serafines vibraran las cuerdas de oro de mil arpas, y gratamente impresionado volví instintivamente la cabeza y vi destacarse lejos.... muy lejos, un bulto informe.

El bulto fué acercándose seguido de una vivísima luz, y claramente puede ver, que una mujer hermosa como las vírgenes de Nazaret, con la suelta cabellera al viento, rubia como las arenas del desierto de Libia; posó su alabastrina planta muy cerca de mí.

—Nada temas:—me dijo queriendo tranquilizarme.—¿Quién te ha traído á estos sitios?

—Mi mala ventura:—contesté algún tanto repuesto de mi turbación.

—¿Por qué no dices que tu soberbia? volvió á interrogarme con un acento entre dulce y severo.

—¡Es verdad!... ¡es verdad! suspiré tristemente por que sentí que hería la llaga que el remordimiento había abierto en mi corazón.

—¿Tienes hambre?

—¡Sí!...

—¿Entonces porque no comes?

—Porque no tengo pan: contesté anegado por las lágrimas.

—¡El trabajo regenera y proporciona el pan para el sustento!

—¡Es tarde:—exclamé—mis fuerzas no me permitirían salir de estas montañas.

—¿Y si el trabajo que hubiera de proporcionarte el pan que necesitas, estuviera muy cerca de tí? trabajarías?

—¡Oh!.... si.... contesté acariciando una esperanza.

—Probemos:—dijo la mágica figura señalando á corta distancia—¿ves esa piedra.... pues tómalala en tus manos y trácela á mi lado.

Entonces pasó por mí una cosa sobrenatural. Yo estaba débil como la abrasada amapola en el rigor del Estío, y sin embargo, un vigor desconocido instantáneamente me dió fuerzas para llegar donde estaba la piedra que la aparición me había señalado.

¡Oh Dios mío, cuánto sufrí! ¡Cuántas veces mis brazos yertos, hacia poco; se rindieron á tan enorme peso! Y ¡cuán abundantes eran las lágrimas que mis ojos vertían santificando mi alma!

Por fin llegué al término de mi trabajo, rendido, jadeante, cayendo sin fuerzas en el suelo; y una sonrisa de caridad tan pura como los cielos, entreabrió los labios de la sombra que acercándose á mí.—Toma:—me dijo depositando en mis manos un pan que yo me apresuré á devorar con avaricia:—toma y come ese pan amasado con el sudor de tu frente, que él disipará las tinieblas de tu alma y, apagará el insensato orgullo de tu corazón; y no olvides que el amor al trabajo, sobre ser el mas rico tesoro que puede poseer el hombre, es una de las virtudes que premia Dios con mas largueza por hallarse escrita en el libro de sus preceptos.

¡Oh cuánto bien hicieron á mi alma, aun convaleciente del pecado, aquellas dulces palabras que anatematizaban la soberbia y dulcificaban la virtud! ¡Y que influjo tan bienhechor sentí al llevar á mis labios abrasados por la caladura aquel trozo de pan santificado por mi trabajo.

Solo entonces pude comprender lo sublime de esa ley impuesta por Dios á la humanidad: Solo entonces pude aspirar ese bienestar infinito que aparta las negras sombras de una conciencia impura.

—¡Espera, sombra querida!—exclamé con estentórea voz al ver elevarse á las alturas á la que me había libertado de la muerte—espera.... que si por tu intercesión he merecido el perdón de mis culpas, justo es que sepa tu nombre para bendecirle: para tenerle siempre escrito en mi corazón....

Yo soy—dijo una voz apagada que se perdía en el espacio.... ¡El depositario de tu alma!.... ¡Tu ángel bueno!.... ¡Tu ángel custodio!.... El ángel de tu guarda.

Cuando desperté; mis labios se entreabrieron para dar paso á una plegaria; plegaria que iba dedicada á mi ángel bueno, representando mi gratitud.

¡Quién sabe si el me inspiró un sueño para hacerme perseverar en el trabajo.

Eduardo Aranda de la Torre.

Gajates (Salamanca) Junio 26 de 1877.

GRANADA:

IMPRENTA DE DON FRANCISCO REYES.  
calle Alta del Campillo, números 24 y 25.